

# Circuito Octavio Paz

Mauricio Molina

*El muchacho que camina por este poema,  
entre San Ildefonso y el Zócalo,  
es el hombre que lo escribe:  
esta página  
también es una caminata nocturna.*

En los ya lejanos años treinta, un joven preparatoriano de ojos claros se subía en un tranvía en la terminal de Mixcoac y llegaba a San Ildefonso con un puñado de poemas garabateados en sus cuadernos. Su nombre era Octavio Paz. Junto a él se sentaba una sombra, una presencia invisible. Con ella conversaba de política, de pintura y sobre todo de poesía. Por aquellos años ya había sido testigo del movimiento estudiantil que luchaba por la autonomía universitaria.

## ÁRBOL ADENTRO

A cien años de su nacimiento, no es una hipérbole afirmar que Octavio Paz es una de las figuras fundamentales de la literatura y la cultura mexicanas del siglo XX. Gracias a su obra, nuestros párpados cerrados a la modernidad se abrieron y nos descubrimos contemporáneos del mundo. Su poesía cristaliza y concluye los hallazgos de poetas hispanoamericanos como Huidobro, Vallejo, Neruda, Lezama Lima, el García Lorca de *Poeta en Nueva York*, Rafael Alberti y Jorge Guillén. En nuestro país es el árbol robusto que sembraron López Velarde y Xavier Villaurrutia. En el panorama de la poesía del siglo XX es comparable a T. S. Eliot o Fernando Pessoa. Con el primero comparte la experiencia radical de la modernidad: esa sensación devastadora de habitar las ruinas de una cultura que ha llegado a un callejón sin salida. Con el poeta portugués, Paz comparte el rostro innumerable. Octavio Paz no es un poeta, o un ensayista o, más vago aun, un escritor. Su multiplicidad deriva de ese misterioso sentido de la percepción de lo diverso que

caracteriza a su obra toda. En ella coexisten la Coatlicue, Marcel Duchamp y el *Finnegans Wake*.

## PASEO EN TRANVÍA

Mi primer contacto con la obra y la poesía de Octavio Paz ocurrió cuando tenía 17 años y cursaba la preparatoria en los ya borrosos años setenta. Como tantos otros de mi generación, me sentía atraído por el marxismo y la militancia de izquierda. Era la época de la Revolución nicaragüense y de las huelgas del sindicato de trabajadores universitarios. Recuerdo que por las mañanas era un estudiante radical y por las tardes, en mis clases de francés en el IFAL, era un poeta en ciernes, de modo que los libros de Marx, Engels y Lenin, coexistían en mi breve biblioteca con los libros de Baudelaire, Rimbaud y Mallarmé. Por aquel entonces leía a Kafka y a James Joyce con el entusiasmo y la pasión de quien descubre un reino fascinante y desconocido. No había nada que me pusiera más incómodo que la lectura de los escritores *comprometidos*, que en aquellos años parecían la única lectura posible para un joven izquierdista como yo. Vivía transido: por un lado estaba la más acérrima defensa de la igualdad y la solidaridad con los pobres y las gestas de los trabajadores, y por el otro estaba la pasión por la más alta literatura, la literatura *burguesa*, como mis compañeros le llamaban.

Como cualquier persona más o menos educada ya había leído cuidadosamente *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, cuya lectura nos hace modernos y universales. Muy pronto a esos libros siguieron otras lecturas: el espléndido poema extenso *Libertad bajo palabra*, *El arco y la lira*, que podríamos pensar como uno de sus manifiestos poéticos, el espléndido libro de corte surrealista *Salamandra* o *Ladera este*, ese gran recuento de su estancia en la India y complemento de *El mono gramático*, o *Corriente alterna*, libro de ensayos fragmentario

donde reflexiona sobre temas diversos y cuya edición descabada no cesaba yo de consultar. Estas obras se convirtieron en experiencias y descubrimientos, y no pasó mucho tiempo para que me sintiera capturado por la obra de Paz. Recuerdo la única vez que lo vi y hablé con él. Fue durante una serie de conferencias sobre el poema extenso que Paz dio en el Colegio Nacional allá por 1977. En una de ellas, Paz leyó un prodigioso texto sobre *Altazor*, de Vicente Huidobro. Al terminar la conferencia, Paz estaba rodeado de personas. Logré acercarme gracias a Roberto Vallarino, quien me presentó como un joven poeta. Cuando lo tuve enfrente solo pude balbucear una especie de saludo. Cuando me extendió la mano recuerdo que quedé petrificado.

De regreso a mi casa, después de escuchar aquellas conferencias, recuerdo que acostumbraba tomar el tranvía que pasaba por Isabel la Católica rumbo a Peralvillo. El tranvía, desde mi infancia, había sido el vehículo mágico por excelencia: cacharro mecánico, gusano luminoso. El tranvía fue también lo que me acercó a Octavio Paz de una manera mucho más personal y definitiva. Cuando leí el “Nocturno de San Ildefonso”, ese poema sobre la adolescencia de Paz, su militancia izquierdista y su profundo desencanto posterior (que por aquel entonces aún no compartía). Muy pronto aquel joven que caminaba por el poema se convirtió en compañero de mis propios dramas intelectuales.

Los versos consagrados a las vías del tranvía y a las del tren constituyen uno de los momentos nodales de la poesía de Paz: esas vías me recordaban al joven que vagaba por el laberinto de la ciudad (“Nocturno de San Ildefonso”) y al padre despedazado en las vías del tren (*Pasado en claro*).

#### CALLE DE DOBLE SENTIDO

Con el tiempo me di cuenta de que Paz había hecho un largo recorrido entre la juventud revolucionaria y la madurez literaria, entre la “enfermedad infantil del izquierdismo” leniniana y la consagración a esas damas siempre celosas que eran la poesía y la inteligencia. Ese camino lo hemos recorrido muchos de nosotros. Recuerdo con profunda vergüenza la efigie de Paz quemada frente a la embajada norteamericana por mis compañeros de militancia mientras esgrimían las armas de la intolerancia y la pobreza intelectual.

Aquella crítica del comunismo, que tuvo su corolario en *El ogro filantrópico*, y posteriormente en el “Discurso de Frankfurt”, hizo que Paz se convirtiera en el blanco de la pobreza miserable de algunos intelectuales de nuestro país. Sin embargo, las reflexiones llevadas a cabo por Paz terminaron por cumplirse en la realidad. Cayeron los muros en Europa del Este y resurgió el fan-

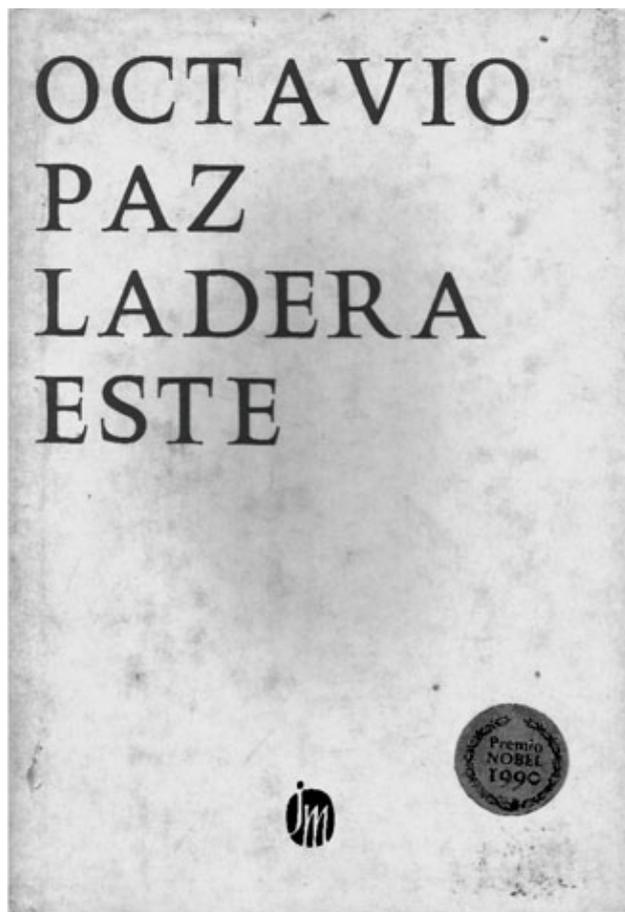
tasma del nacionalismo. Los países comunistas desaparecieron hasta que solo quedaron las dictaduras de Cuba, China y Corea.

Octavio Paz fue un hombre siempre preocupado por la política, pero sobre todo por el desarrollo de un pensamiento crítico. Fue uno de los pasajeros privilegiados del siglo XX. Su pensamiento evolucionó desde el izquierdismo temprano hacia una conciencia mucho más crítica que lo acerca al pensamiento liberal moderno. Es posible que el testamento político de Paz se encuentre en el discurso pronunciado durante la entrega del Premio Nobel, donde el poeta hizo una reflexión muy inteligente acerca del peligro del neoliberalismo y del libre mercado. Al final, nuestro hombre en Estocolmo se reconcilió con el joven militante que tomaba el tranvía de San Ildefonso a Mixcoac.

#### LA PIEDRA DEL SOL

En la poesía mexicana del siglo XX ha habido tres grandes poemas extensos: “La suave Patria”, de Ramón López Velarde, “Muerte sin fin” de Gorostiza y “Piedra de sol”. Si “La suave Patria” constituye un verdadero himno a la “patria chica”, al terruño, a ese país entrañable que todos llevamos dentro, y “Muerte sin fin” es una por-





tentosa indagación que combina el barroco conceptista de raigambre quevediana con la filosofía heideggeriana, “Piedra de sol” explora la condición de la poesía como respuesta a los terrores de la historia a través de la mujer y sus figuras.

Pocos como Paz trabajaron el ritmo y la cadencia. A diferencia de los vanguardistas latinoamericanos, su experimentalidad radical nunca estuvo reñida con el cuidado de la forma. El endecasílabo alcanza, con “Piedra de sol”, una de las cumbres máximas de la poesía moderna, al lado por ejemplo de las “Cumbres de Macchu Picchu” de Pablo Neruda. No fue menos heredero de John Donne, Keats, Baudelaire o Mallarmé, que de sor Juana, Sigüenza o Alfonso Reyes.

#### HACIA EL PLANETARIO

Paz es un poeta solar, meridiano. Sus figuras centrales: el manantial, el árbol, aluden a una relación profunda con la naturaleza y sobre todo con la materia y sus metamorfosis. En “Piedra de sol” confluyen estas imágenes en las que no es difícil rastrear la huella de la alquimia y de la literatura hermética, temas en los que habría de adentrarse en *Apariencia desnuda* sobre Marcel Duchamp, en *Conjunciones y disyunciones*, y en el que acaso sea la suma de las preocupaciones herméticas del poeta: *Sor Juana Inés de la Cruz* o *Las trampas de la fe*.

Paz es uno de nuestros últimos escritores modernos, en el sentido universal en que Joyce, Pound, Breton o Connolly formaron parte de la modernidad. Bisagra o parteaguas, Paz mostró también una salida al discurso de lo moderno. Su aventura comenzó siendo personal, después se volvió universal y en sus últimos tiempos regresó a la solución íntima y casi secreta. El regreso fue una de sus grandes soluciones, el retorno al manantial cristalizado de la poesía y la búsqueda de lo sagrado a través de las constelaciones de palabras.

En su obra última destaca sobre todo esa curiosidad intelectual que lo llevó hacia la poesía clásica de China y Japón. La suya no es la salida fácil de tantos poetas que han buscado en Japón o la India un agujero frente al muro de la modernidad: la robinsonada *hippie* del regreso a las fuentes como si nada hubiese sucedido, el vacío sentimiento de la moda orientalista que cultivaron muchos poetas posteriores. Octavio Paz sabía, como lo presintió Baudelaire acaso por primera vez, que estaba atrapado entre las ruinas del presente y los esplendores fugitivos del pasado. Compartía ese sentimiento melancólico que Walter Benjamin vivió en carne propia de habitar un universo despojado de toda aura (religiosa o cultural) y al mismo tiempo de contemplar las ruinas espléndidas de la Tradición heredada.

Martin Heidegger —otro de los grandes viajeros del siglo xx— concibe de manera literal a Occidente como el lugar del ocaso, que en términos filosóficos se traduce como el crepúsculo de la metafísica. Oriente, según los mismos términos, es la tierra del amanecer, del principio. Octavio Paz, habitante de la ínsula del entre, esa palabra-talismán que podemos encontrar a lo largo de su obra poética, en las páginas imprescindibles que concluyen *El laberinto de la soledad* y en múltiples ensayos, supo situarse en el punto cenital, ahí donde las palabras dejan de proyectar sombra y todo parece brillar como un “alto surtidor que el viento arquea”. El asombro ante las palabras al mismo tiempo distantes del Ocaso y del Principio fue el lugar de su poesía. Esa fue su certeza.

Hoy Octavio vuelve a subirse al tranvía que lo llevará de Mixcoac a San Ildefonso. Se encontrará con el joven que fue y conversarán de política, de pintura, pero sobre todo de poesía. Para concluir con un atisbo al cosmos quisiera citar uno de sus últimos poemas:

Soy hombre: duro poco  
Y es enorme la noche.  
Pero miro hacia arriba:  
Las estrellas escriben.  
Sin entender comprendo:  
También soy escritura  
Y en este mismo instante  
Alguien me deletrea.